

—Primo—contestó el buen anciano con voz conmovida—la suerte cruel que pesaba sobre la familia de R...sitten no ha perdonado á esa pobre joven, pues dos días después de nuestra marcha se estrelló contra las rocas en una carrera de trineo: el barón está inconsolable. Primo, no volveremos jamás á R...sitten.

III

Muchos años transcurrieron. Mi tío dormía en la tumba hacía largo tiempo. Napoleón asolaba el Norte, y yo volvía de San Petersburgo, costeando las orillas del mar. Al pasar por delante de la pequeña ciudad de K... divisé á lo lejos como una llama, y después distinguí una especie de ardiente foco.

—¿Es un incendio?—pregunté al postillón.

—No, señor—contestó—es el faro de R...sitten...

¡El faro de R...sitten! Este nombre despertó todos los recuerdos de mi amor, y parecióme ver en una pálida aureola á mi adorada Serafina... Di orden para que me condujeran al pueblo donde habitaba el intendente del dominio, y pregunté por él.

—Caballero—me contestó un empleado que vestía librea real—ya no hay aquí ningún intendente de R...sitten; este es dominio adquirido por la Corona, á causa de haber muerto sin herederos el último barón, hace diez y seis años.

Subí al castillo que ya estaba ruinoso, pues habianse empleado los mejores materiales para construir un faro sobre la roca. Un campesino que encontré en el lindero del bosque, refirióme temblando, que en las noches de luna llena veíanse á menudo sombras blan-

quecinas persiguiéndose entre los escombros y profiriendo gemidos de angustia.

¡Alma cándida de mi adorada Serafina, tú no irás á esos lugares desolados! ¡Dios te llamó á sí para entonar sagrados cánticos entre sus ángeles!

